

Solemnidad de SAN PEDRO y SAN PABLO
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
29 de junio de 2009
2Tm 4, 6-8.17-18

Mi vida ya está ofrecida en libación. Me ha llegado el momento de deshacer las amarras y dejar el puerto. (Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente. Texto litúrgico). Hoy, hermanos y hermanas, la Iglesia, extendida de oriente a occidente, celebra con alegría el día consagrado a los apóstoles san Pedro y san Pablo, que, en Roma, sellaron con el martirio su fe en Jesús como Cristo, el Mesías, el Hijo del Dios vivo, según la confesión de Pedro que acabamos de escuchar en el evangelio (cf. Mt 16, 16).

San Pablo, tal como hemos oído en la segunda lectura, interpretaba su muerte con una doble imagen, que encontramos, también, en alguna otra de sus cartas. La interpretaba como una libación similar a la del aceite, el vino o el agua que se derrama sobre la ofrenda sacrificada de acuerdo con el ritual de la Antigua Alianza. Y también veía su muerte como la partida de una nave que deshace las amarras del puerto y se hace a la vela hacia alta mar. Esta doble imagen que utiliza san Pablo para significar su muerte también se puede aplicar a la de san Pedro. Ambos derramaron la sangre en el sacrificio de su martirio como una ofrenda a Dios y como sello de su fe en Jesucristo. Ambos dejaron esta vida para emprender el último viaje hacia la plenitud de la vida eterna.

Por ello, en la clausura de la conmemoración del bimilenario del nacimiento de san Pablo, es bueno fijarnos en la forma con que describe, en el término de su vida mortal, todo lo que él ha vivido en su servicio al Evangelio. Utiliza tres elementos, que valen también para san Pedro. Son estos: Ha peleado el noble combate de la fe en Cristo; se ha mantenido fiel hasta el final, está seguro que le está reservada una corona gloriosa. Todo ello, sin embargo, le ha sido posible porque Dios la ha asistido y le ha dado fuerzas.

Esta visión nos presenta la vida de los apóstoles como un combate noble. Es combate por las grandes dificultades que tuvieron que afrontar a nivel religioso en la controversia con la fe judía y a nivel social y político cuando se veían rechazados por una parte de la sociedad pagana y por las autoridades hostiles. En la primera lectura (Hch 12, 1-11), hemos encontrado un ejemplo referido a san Pedro, y son múltiples, con peligros de todo tipo, las situaciones que san Pablo describe en sus cartas (cf. 2Cor 11, 23 -26). Las cartas y el libro de los Hechos nos hablan también de las dificultades que encontraron en el seno de las comunidades cristianas mismas, fruto de la debilidad humana y de las diversas sensibilidades a la hora de vivir la novedad de la fe evangélica y de traducirla en el día a día. Pero este combate, que no ahorra los sufrimientos, es calificado de noble por el Apóstol Pablo con una palabra que también puede significar "bueno" y "bello". Es noble, es bueno, está lleno de belleza porque es para difundir la Buena Noticia del Evangelio, liberadora, llena de fuerza, de amor y de esperanza, portadora de alegría por las perspectivas infinitas que abre a quien la acoge. Los apóstoles habían hecho personalmente la experiencia de dejar entrar profundamente a Jesús en sus vidas y habían visto cómo las transformaba, estaban llenos de celo en favor de los hombres y mujeres de su tiempo, y de todos los tiempos, para hacerles llegar el mensaje evangélico. Y este combate por la predicación del Evangelio ha constituido su culto existencial, su sacrificio espiritual (cf. Rm 12, 1), que Dios ha ido acogiendo hasta el término de su existencia terrena. Se mantuvieron fieles hasta el derramamiento de su sangre conscientes de que Jesucristo había sido el primero en amarlos, antes de que ellos lo hubieran conocido (cf. Gal 2,

10; Jn 21, 15-17). Habían aprendido la sabiduría de la cruz (cf. 1Cor 11, 23). Sabiduría para Israel porque en la cruz Dios revela su rostro auténtico y sabiduría para los otros pueblos a los que plantea retos y cuestiona la sabiduría humana y su lógica.

En su itinerario de fe personal y en su noble combate, ambos apóstoles han sido ayudados, como decía también la segunda lectura, por las fuerzas que Dios les otorgaba. Era este el vigor que los mantenía fieles en su fe y en la superación de las dificultades, a pesar de sus debilidades (cf. 2Cor 12, 10). Así hasta el final, hasta el martirio, al que se acercó con la certeza firme que Dios les seguiría siendo fiel y les daría la corona.

Mi vida ya es ofrecida en libación. En la escuela de los apóstoles de Jesucristo, los bautizados sabemos que nuestra vida, con todos sus momentos buenos y con sus momentos difíciles, es una ofrenda al Dios del amor entrañable. Por ello, en la solemnidad de hoy se nos renueva la llamada a vivir una fe adulta, es decir, una relación personal con Jesucristo, el Viviente, que nutra nuestra vida interior y nos impulse a hacerlo conocer a los otros. Es la hora del testimonio cristiano explícito en nuestra sociedad plural. No queriendo imponer nuestra visión ni nuestra ética sobre el ser humano y la creación, sino proponiéndola como un camino de sentido, de alegría, de libertad interior, de salvación en la plenitud de la realización personal. En este aspecto, debemos ser testigos del Evangelio que enseña a amar, que libera y no condena sin entrañas de misericordia; testigos del Evangelio que ilumina las conciencias sin violentarlas y que respeta las opciones personales. Con estas actitudes, la Iglesia, también los laicos cristianos, debe estar presente, de una manera dialogante, en los debates actuales sobre cuestiones que son fundamentales y que marcarán el futuro de la sociedad en nuestro país. Estar presentes para aportar, para ayudar a encontrar la luz, para defender con coraje y a la vez con simplicidad de corazón los valores esenciales que son irrenunciables sobre la vida, sobre la persona humana, sobre la familia, sobre la economía, sobre las actividades laborales, ... Todo ello, lo tenemos que hacer por fidelidad al encargo apostólico de proclamar el mensaje del evangelio a todas las personas -tal como oíamos en la segunda lectura- y con un auténtico sentido de comunión eclesial, que sabe distinguir lo que es fundamental de lo que pueden ser opciones personales y contingentes. Y esta comunión eclesial pasa por la comunión con la Iglesia de Roma que preside todas las otras en la caridad y con su obispo el papa Benedicto XVI, sucesor en su ministerio de los apóstoles Pedro y Pablo.

Me ha llegado el momento de deshacer las amarras y dejar el puerto. Hoy conmemoramos el momento supremo en el que estos dos apóstoles dejaron este mundo. Pero nos estimula pensar que, si, acogiendo los dones que Dios nos hace, procuramos perseverar en la confesión de fe, en la comunión eclesial y en el testimonio que ellos nos enseñan, también en el momento de nuestra partida de esta vida podremos recibir la corona de gloria, tal como decía la segunda lectura en referencia a todos los que desean la manifestación del Señor cuando venga para llevarnos a la plenitud de su Reino celestial.

Ahora, en la Eucaristía, nos unimos al culto celestial que nuestros dos santos apóstoles y todos los santos y santas ofrecen a Dios. Unámonos a ellos de todo corazón, mientras recibimos el alimento espiritual para vivir siguiendo las enseñanzas de san Pedro y san Pablo y, como ellos, ser testigos de Jesucristo.